

LA HORA DE CHILE

Con las bayonetas puede hacerse todo, menos gobernar

Poco antes de cumplir diez años, la dictadura chilena pasa por uno de sus momentos más críticos. Si bien eran advertibles en la sociedad signos anunciadores de que el ciclo de la tiranía estaba por cumplirse, las movilizaciones de los últimos días exceden en importancia y en profundidad lo que podían prever aun participantes acuciosos en la vida política chilena.

Tiene más el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece, decimos en México para denotar que las pérdidas de lo que posee no son nunca tan intensas como para partir de cero. El lema puede ser aplicado a la democracia, como patrimonio de los países, y muy particularmente a Chile. Como bien se sabe, se instauró allí, entre otros factores por efecto de un proceso de industrialización notable y de la migración europea, una democracia formal que contrastaba en su eficacia y vitalidad con los regímenes golpistas que florecieron en algunos países vecinos.

El Ejército, principal fuerza autoritaria en sociedades subdesarrolladas, tenía en Chile una tradición de prescindencia política que casi todo el mundo creyó que no se podría romper jamás. Los antecedentes, sin embargo, son como los zapatos: duran hasta que se rompen. Y cuando el gobierno de la Unidad Popular fue elegido en 1970 y comenzó a gobernar, surgieron también de modo muy definido los gérmenes del fascismo que toda institución disciplinaria y jerárquica lleva en sí misma, sin apelación. El golpe militar en Chile se inició el 11 de septiembre de 1973, pero había tenido un inequívoco proceso de gestación en el que lo acompañaron nutridos segmentos conservadores, la mayor parte de los cuales se engañaron, sin embargo, respecto de la significación del cuartelazo, y sobre todo respecto del curso que tendría la historia chilena inmediatamente posterior.

Hubo golpistas a quienes podríamos llamar, forzando las palabras democráticas. No pueden serlo, en rigor, quienes apelaron a instrumentos ilegítimos para derribar a un gobierno legítimo. Pero vastos sectores de la opinión chilena, de los sindicalistas, de los líderes partidarios, acudieron en apoyo del golpe suponiendo que se desembarazarían, solamente, de un adversario peligroso, pero que la formalidad democrática, rápidamente restaurada, les ofrecería de nuevo la posibilidad de dominar las estructuras del Estado, como durante decenas de años habían hecho los partidos tradicionales. Quedaron terriblemente chasqueados cuando la dictadura militar dio muestras, un día tras otro, de que había llegado para quedarse.

Otros sectores, más nítidamente fascistas, o populistas de derecha, experimentaron a poco andar, también, insatisfacciones crecientes.



Los militares no procedieron a formar un Estado corporativo, a la manera de la España franquista, porque su proyecto, si tenían alguno, era pragmático, y se limitaba a dar respuestas violentas a las demandas populares hasta acallarlas. Tanto faltaba congruencia en las concepciones políticas aun del jefe del golpe, que el general Pinochet llegó a amenazar a un embajador de Washington en Santiago con ponerse de lado de China o de la Unión Soviética si el Presidente Carter cedía ante las presiones de sus sectores democráticos e insistía en el restablecimiento de formas democráticas en Chile.

Durante algunos años, el pasto del golpe, los efectos de la represión, el descabezamiento (por asesinato, desaparición, parálisis o exilio) de los movimientos sociales más importantes, más la bonanza de la economía (que era sólo reflejo de la expansión económica mundial como vendría a comprobar, entre padecimientos, la actual crisis chilena) pareció consolidar a la tiranía. Llegó hasta a hablarse de un milagro chileno, y del éxito visible, tangible, del monetarismo de Friedmann, asesor directo de la política económica de ese país austral.

Todo era una ilusión. Chile vivía de prestado, de una prosperidad falsa, y en 1982 los números mostraron con toda su crudeza el bárbaro resultado de esa política. Al decrecer en 13 por ciento, la peor tasa en América Latina, la economía chilena fue escenario de una especie de genoci-

dio, de efectos mayores, si cabe, que el segamiento de vidas y dignidades que la dictadura provocó en sus primeros años, los del mayor filo del hacha.

Pero las semillas de la democracia había quedado, tras los pisotones de los soldados, más enterradas, no destruidas. Al despecho de los estratos que primero no vieron correspondidas sus expectativas políticas y más tarde sufrieron los estragos de la crisis, se unió la vitalidad soterrada pero no extirpada del movimiento obrero, y de los trabajadores de las clases medias. Un gobierno que favoreció solamente a un puñado de capitalistas y de empresas extranjeras fue perdiendo así, paulatinamente, la base social que compulsiva o espontáneamente lo apoyaba y por eso ahora el pinochetismo está en jaque.

No parece viable hablar de una rápida evolución de las condiciones hasta la caída del gobierno, o de Pinochet mismo. La estructura del Ejército permanece intacta, y aunque el general Gustavo Leigh, ex miembro de la junta de gobierno, apareció entre los promotores de las más recientes movilizaciones de protesta y en pos de la democracia, su influencia real en las fuerzas armadas es insignificante. Mientras el aparato represivo le sea fiel, y no se advierten signos en sentido contrario, Pinochet podrá mantenerse en el poder. Pero ello no será por largo tiempo, pues una vez más se comprobaría que con las bayonetas puede hacerse todo, menos sentarse en ellas para gobernar.